

zón. No cesaba de lamentar la ruina y la perdición eterna de mistress Needle, á quién con tantos afanes había cuidado para que fuese una buena protestante, y la de sus hijas, que hubiera educado como si fuese su madre, á no intervenir para echar lo todo á perder la bruja de Nápoles. Amenazaba con los castigos celestiales, y hacía profecías.—Vereis á la casa Needle hundirse con mil desventuras. . . . Veo y no veo esta familia, este castillo y esta abundancia de todo. Nunca los apóstatas dejan de recibir su castigo. Cuando las tribus de Israel idolatraban, encendíase la ira de Dios, y los azotes no tardaban en caer sobre la nación extraviada.—

Aunque nadie prestaba fe á sus profecías, un hecho pareció darle la razón.

LXXXIII.

UNA NUBE EN EL HORIZONTE.

Los días posteriores al bautizo corrían para la familia Needle bendecidos por una paz profunda, así como por un gozo tranquilo y sereno, sobre todo para la señora, que, segura ya de la concordia doméstica, y correspondida según sus ansias por sus hijos, miraba el porvenir tranquilamente, pudiendo consagrar todos sus pensamientos presentes á las amadas prácticas de la Religión. Habiendo por divina merced llevado de continuo una vida muy buena, le parecían naturalmente suaves y encanta-

dores los ejercicios de la piedad; y si antes había procurado en los ejercicios religiosos más cumplir un deber que alimentar un afecto, era sólo por falta de doctrinas ascéticas en la Alta Iglesia. Por esta razón, abrazada la fe con toda sinceridad, le parecía casi rejuvenecer, espaciándose por los jardines de la piedad católica y haciendo guirnaldas con cada una de sus flores. Abandonábase con vivo sentimiento de felicidad á la frecuencia de los Sacramentos, y multiplicando en secreto las prácticas devotas, nadaba en un mar de consolaciones deliciosas.

A veces, hablando con Julia, comparaba el estado anterior con el presente.—No llenaba de ningún modo mi corazón la iglesia anglicana... alguna oración hecha bien en el *Prayer book* y un poco de Biblia incompleta que me dejaban en la mano á fin de que sacase yo sola el jugo que pudiese.... Cada domingo, además, me ofrecía un bocado de pan, asegurándome primero bien que recibía verdaderamente un poco de pasta cocida en el horno, ¡pasta figurativa!

—Claro, respondía Julia: ¿qué piedad quereis que inspire la iglesia anglicana, cuando su *Prayer book* parece con fre-

cuencia católico, y casi calvinista en sus artículos de fe, cuando niega el valor y el mérito de las obras buenas, cuando rechaza las obras de supererogación? Esto es extirpar de raíz el gérmen de la piedad; la devoción en la iglesia anglicana, como en tantas otras protestantes, es ilógica y opuesta á los artículos de la fe profesada.

—Sin embargo, contestó la señora, alguna chispa de piedad me parece que de cuando en cuando calentaba mi corazón, aún siendo protestante.

—¡Qué maravilla! contestó Julia; sucedía con vos lo que pasa, por gracia del Omnipotente, con tantos y tantos no católicos que, por un instinto invencible del corazón, reniegan de lo que afirman con la mente por culpa de su secta. Los cristianos que leen con sencillez la Biblia, dejan decir á Lutero, Calvino, Zuinglio, Enrique VIII, que la fe lo es todo y las obras nada; enamorándose de su Salvador, procuran obedecer sus preceptos, oran, son honrados, y socorren á los pobrecitos; en una palabra: resultan católicos en las obras, quedando protestantes en la fe.

—Basta; á mí me parecen sus iglesias, otras tantas madrastras, de corazón seco, envidiosas del bien de los hijos, y prontas

siempre á quitarles el pan de la boca, al paso que la Iglesia católica es para mí una buena madre, con los pechos llenos de leche para sus hijos y las manos llenas de alimentos sustanciosos y dulces.—

En tales conversaciones, mistress Needle, con frecuencia, hacía gustosamente exponer á Julia las costumbres de la piedad católica que iba leyendo en las vidas de los Santos: como no le faltaba fino criterio, gozábbase comprendiendo cada día mejor las íntimas bellezas del *Via Crucis*, del Rosario, de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, del amor filial al Vicario de Jesucristo, y de los sufragios por las almas benditas del purgatorio. Habíase ocupado Julia en tales estudios para instruirse y defender las prácticas de la Iglesia contra los ataques de John; además, tenía el hábito de hablar bien, y por añadidura una suavidad grande, para que se comprendiese la excelencia de aquellas y se gustase mucho. A poco que hubiese secundado los deseos de la neófito, la buena señora se hubiese enamorado de tantas prácticas, que su espíritu hubiera quedado rendido. Mas Julia decía de continuo:—¡Poco y bien! He oído decir siempre que el punto esencial á que deben conducirnos las prácticas

devotas es á conservar y aumentar la gracia santificante: deben además ayudarnos á la compunción y al ódio de todas las faltillas; deben, por último, dirigirnos con afecto ardiente al Salvador, que nos ama de un modo eficacísimo, si amamos al prójimo para complacerle.—

El bello corazón de mistress Needle abrióse como una flor, merced al rocío de tales enseñanzas familiares, fortaleciéndose y dilatándose. Parecíale que la lectura de las Escrituras era más dulce y más luminosa desde que en las divinas páginas no buscaba la religión sino sólo avisos celestiales, á fin de consolarse con la verdad conocida. Había temido que, haciéndose católica, si no se la vedaban, le aconsejarían que dejase la lectura del Libro sagrado, maravillándose grandemente de que su director la exhortase, por el contrario, á estudiarlo constantemente, escogiendo con preferencia los libros históricos del Antiguo Testamento y los Evangelios del Nuevo. Hacía que participase Julia, y mucho más sus hijos, en tiempo oportuno, de la superabundante suavidad saboreada en las lecciones de la Biblia.

John no era tan comunicativo; más la profundidad de su fe descubriase muy á

las claras en su hablar discreto y completamente ortodoxo, hasta el punto de que no hubiera podido pedirse más á un viejo y sabio católico. Gustosamente renovó su costumbre de iniciar las oraciones comunes, con la diferencia de que así como antes leía el *Evening Prayer* su hermana menor, ahora tenía que llamar con la campanilla á los familiares católicos. Julia además se había puesto á formar de propósito el corazón de sus alumnas. Añadía en su virtud á las demás lecciones veinte minutos de instrucción religiosa, que venía por fin á parar á la explicación del Catecismo para los adultos. Presentábase frecuentemente, cual oyente honoraria, mistress Needle, que oía las lecciones con la sencillez de una ferviente neófito. Cuando la maestra se extendía y daba ciertos avisos morales á propósito para las jóvenes:—¡Ah, hijas mías! exclamaba la excelente madre, ¡atesorad estos consejos! ¡Ojalá me los hubiesen dado á mí siendo joven!

Esta especie de paraíso doméstico, que llenaba de delicias los primeros fervores de la conversión, fué tan breve como delicioso. Para destruir su serenidad (¡consejos de Dios!) la primera nube surgió de una obra que más bien parecía deber atraer

sobre la familia las bendiciones del cielo. Mistress Needle, que antes habíase contentado con distribuir generosamente á los pobres la lluvia de sus beneficios, una vez católica, por haber leído la vida de ciertas damas piadosas, no se pudo sobreponer al deseo de convertirse en visitadora y consoladora de los enfermos. Ocupada en obras tan laudables, levantóse una mañana con la cabeza pesada, y poco después tuvo que acostarse por un malestar que no sabía definir, pero que sentía grande y extraordinario. Julia le tomó el pulso y parecióle que tenía fiebre. Se mandó por el médico, y la joven le dijo que la doliente había pasado más de una hora en una cabaña, donde tres de sus arrendatarios tenían el tífus. Los síntomas, por desgracia, confirmaron el semipronóstico; por lo cual el doctor, no queriendo espantar á la enferma desde luego, prescribió los remedios propios del caso, calificando, empero, el mal de ligera gástrica, que esperaba destruir en pocos días; añadió que volvería después, á fin de hacer mejor el diagnóstico, una vez conocido el efecto de las medicinas.

Así dijo. Mas la señora, que tenía óptimo entendimiento, no tardó en compren-

der más y mejor de lo que le habían dicho, sobre todo al observar en sus brazos ciertas manchas encarnadas, indicio notorio de verdadero tífus. En un instante previó el curso probable de la dolencia que había observado en otros, y la posibilidad de perder más tarde la razón. No se desalentó sin embargo. Hizo sus reflexiones, y llamando después á la fiel Julia, enseñóle las manchas, y le participó el presentimiento de la enfermedad grave, preguntando:— ¿Qué haríais tú en mi caso?

Demasiado comprendía Julia que aquel temor era racional, porque el facultativo pidió vinagre para lavarse las manos, y porque ni aún se había marchado del castillo, á fin de hallarse pronto para ver nuevamente á la señora dos horas después. Respondió, empero, desviando la cuestión:— No veo verdaderamente motivo para suponer lo que decís; aún no ha calificado el médico la naturaleza del mal. . . .

—La califico yo, dijo la enferma interrumpiéndola. ¡Notas qué abatimiento y qué postración! Ninguna parte de mi cuerpo está buena. No es una indisposición pasajera, sino una enfermedad que nace. . . .; me parece casi hermana de la fiebre amarilla, que pasé ya en la India, si bien fué

ligera. Dime: ¿qué haríais si te halláras en mi lugar?

Apremiada Julia, contestó con pura caridad cristiana:

—Espero, ciertamente, que os engañéis; de todas maneras, si conociese que debíais habéroslo con una enfermedad peligrosa (no será), procuraría no perder un punto de tranquilidad, ni un instante de tiempo. Dispondría bien los asuntos del alma y los intereses temporales, abandonándome después en manos de los médicos, y sobre todo en brazos de la divina Providencia.—

Sin embargo de que Julia procuraba con ahinco mostrar desenvoltura y seguridad al decir estas frases, mistress Needle vió sus ojos llenos de lágrimas, que la muy afligida joven enjugó con disimulo, haciendo ver que arreglaba la cubierta del lecho. En aquel instante anunciaron al médico. —¡Tan pronto! exclamó la enferma: ¡Mala señal!

—No es mala señal, no, señora, dijo él; es solo que deseo no equivocarme desde un principio. Sabeis que ninguna enfermedad es peligrosa, sorprendida oportunamente.

—Esperémoslo, dijo la Needle.

El doctor se hizo repetir extensamente

las condiciones del mal; observó las manchas y la lengua, tomando varias veces el pulso de la doliente: parecía mascar las palabras, y que vacilaba.

—Vamos, dijo la enferma sonriéndose; no me tenga indecisa: confíeseme, sin humanos miramientos, que se trata, ni más ni menos, de un tífus que avanza por grados. Así podré poner mi corazón en paz y recibir los Sacramentos, ántes de que la mente se oscurezca.—

Por tan resuelto hablar, se animó el doctor, confesando á medias que una gástrica podía ciertamente confinar con una tifoidea; pero que no podía pronosticar aún el tífus propiamente dicho.

—Julia mía; dijo entonces la enferma dirigiéndose á su amiga, que con cruel ansiedad estaba presente; tífus ó tifoidea, ¿no es lo mismo que sopa ó pan mojado...? ¿Sabes lo que me aconseja el Angel custodio? Precisamente lo que indicabas tú para el caso de los casos: que vaya uno expresamente á Newcastle á buscar á mi confesor.—Luego dirigiéndose al médico nuevamente:—Sabeis, doctor, que soy católica, y que, con la gracia de Dios, tal quiero morir.

—Respeto la Religión, dijo el médico;

más la situación no es tal que sean precisos tales extremos: no se trata de morir, sino de sanar.

—Lo uno ó lo otro, replicó la enferma: las dos cosas me parecen bien. Por ninguna cosa del mundo me quisiera exponer al peligro de llegar tarde.—

El médico se despidió visiblemente preocupado; pero mistress Needle, á pesar de la subitánea debilitación de sus fuerzas, se entretuvo con la joven con suma quietud. —¿Sabes lo que me disgusta sobre todo en esta enfermedad? ¿No el sufrir, ni aun la muerte. Ahora que soy católica, me parece que moriría con tranquilidad... Lo que me duele y pincha, es pensar en la pobre miss Mary... ¿Quién le quitará de la cabeza que esto es un castigo de Dios...? ¿Quién sabe cómo y cuánto atormentará los oídos de mis servidores, que persisten aún en la herejía...! ¡Y aquella gente tosca la creerá como si fuese un oráculo...! En cuanto á mí, sin embargo, si Dios me llama, será una merced quizá y un premio no merecido. Saldré del mundo antes de haber perdido la gracia del bautismo... La vida iba siendo para mí tan dulce, que

quizá me hubiese apegado con exceso á las cosas caducas. . . ¡Ah! ¡Si á lo menos las dos pequeñas tuviesen diez años más. . . ! Pero vive John, y sobre todo vive Dios.

Y la pobre doliente, muy penetrada de que tenía el tifus, y de que se hallaría muy pronto á las puertas de la otra vida, hablaba con Julia de la providencia amorosa de Dios, que no le daba en este mundo el premio de su docilidad á la gracia, reservándoselo todo para el cielo.

— Es grande alucinación, respondía Julia, la del que por el bien que hace sobre la tierra quiere también el premio en la tierra. Dios, por el contrario, sólo ha prometido tribulaciones á sus amados. Ya dijo en el Evangelio que destina á sus amigos la cruz en la tierra, y sólo la gloria en el cielo. . . . Y sin embargo, no lo queremos comprender: nos lamentamos incesantemente de ver á los buenos atribulados y á los malos en la prosperidad. Quisiéramos á todo trance la corona de un instante, la corona del fango terreno. Quién sabe cuántos se escandalizarán por que apenas bautizada sufrís una enfermedad!

— Yo no, añadió la enferma; gracias á

Dios me siento sometida del todo á la bondad celeste, y ansiosa de la corona eterna, que es de la beatitud perdurable. Por esto suplico que des todas las disposiciones necesarias, á fin de que pueda gozar cuan ántes los consuelos de la Religión.